

produjeron vivas disputas entre los dos conquistadores, que estuvieron á punto de dar el lamentable espectáculo de una guerra civil. Avenidos al fin por tercera vez los dos caudillos, y confirmado su ajuste en los altares con juramento solemne, Almagro partió para las deliciosas y fértiles regiones de Chile, donde no nos es posible seguirle en todos los obstáculos que tuvo que superar, ni en sus luchas con los audaces y robustos chilenos.

Una insurreccion general de los peruanos contra los opresores de su país, á cuya cabeza se puso el Inca Mango, estalló de la manera mas imponente. Por todas partes eran degollados los destacamentos españoles que cobraban los tributos en las provincias. Un ejército de doscientos mil insurrectos se dirige á atacar á Cuzco, otro casi igual acomete á Lima. De los tres hermanos Pizarros que defendían á Cuzco, Juan, Fernando y Gonzalo, el primero muere de una pedrada, los otros dos son acorralados en un barrio de la ciudad. Todas las partidas que el marqués Francisco Pizarro envía en su socorro, son acuchilladas en el camino, y él tiene hartos que hacer con atender á Lima. Por fortuna llega al valle de Jauja con un refuerzo considerable Alfonso Alvarado, hermano del gobernador de Guatemala, y con su auxilio derrota el intrépido conquistador del Perú el ejército sitiador de Lima, ahuyentándole á la montaña. Pero en esto Diego de Almagro, discutiendo que en su gobierno debe estar comprendida la provincia de Cuzco, marcha desde Chile con su ejército derecho á aquella ciudad, sorprende y derrota á los peruanos que ocupaban la mayor parte de la población, hace prisioneros á los dos Pizarros encerrados en un barrio de ella, revuelve contra Alvarado que marchaba á socorrerlos, seduce sus tropas en Abancay, y le hace prisionero también. Aconsejándole que quite la vida á los tres ilustres presos, pero Almagro rechaza la proposición, y se mantiene en Cuzco en expectativa de la resolución que tomara Francisco Pizarro (1537).

El imperio del Perú se ve dividido entre dos antiguos compañeros asociados con juramento, ahora terribles enemigos, que dominan en sus dos capitales, Almagro en Cuzco, y Francisco Pizarro en Lima.

En tan crítica situación, Pizarro, sin perder su serenidad, recurre para vencer á su adversario á mañosas y artificiosas negociaciones, entretiénese con proposiciones engañosas de reconciliación, hasta que lograda la reunion de sus dos hermanos y de Alvarado, y recibidos considerables refuerzos, declara abiertamente á Almagro que está resuelto á que se decida la cuestión con las armas. Almagro, anciano ya, achacoso y herido, ordena que sus tropas al mando de su teniente, el valeroso Rodrigo Ordoñez, le esperen en el campo de las Salinas á media legua de Cuzco. Se da un combate sangriento entre los dos ejércitos españoles; el de Almagro flaquea; Ordoñez cae prisionero, y un soldado le corta la cabeza de un sablazo con bárbara ferocidad: el ejército de Almagro queda vencido (26 de abril, 1538). El mismo Almagro, testigo de la derrota desde un recuesto en que estuvo presenciando la batalla, busca su salvación en la fuga, pero es alcanzado y preso, y conducido con cadenas á Cuzco, que se rinde sin resistencia al vencedor. Su muerte es lo único que puede saciar la venganza de los Pizarros. Acusado del delito de alta traición y sometido á un tribunal, ya se sabía que los jueces le habían de condenar á la última pena. El anciano guerrero se siente abatido por la primera vez de su vida: invoca los recuerdos de su antigua amistad con Pizarro, implora compasión, alega la generosidad con que él se ha conducido con los hermanos Pizarros que tuvo en su poder, enseña su blanca cabellera por la cual ha pasado la nieve de setenta y siete inviernos, interesa y enternece á los soldados, pero no ablanda el empedernido corazón de los Pizarros. «Pues bien, exclama recordando súbitamente su antiguo valor, libradme de esta vida, y sáciese vuestra crueldad con mi sangre.» Este hombre insignificante sufrió la muerte de garrote en la prisión, y su cabeza fué cortada despues en la plaza pública de Cuzco.

La crueldad de los Pizarros indignó á muchos, suscitó vengadores, y no faltó quien denunciara sus tiranías á la corte de España. Fernando Pizarro que se presentó en ella á defender su conducta y la de sus hermanos, escandalizó con el

lujo mas que régio de que hacia ostentacion, y en vez del resultado favorable que confiaba conseguir, se creyó conveniente asegurar su persona, y fué arrestado primeramente en el alcázar de Madrid, y trasladado despues al castillo de la Mota de Medina del Campo. Se envió al Perú en calidad de comisario régio á Vaca de Castro, hombre pundonoroso, severo é incorruptible, investido con las facultades de poner en otras manos el gobierno del Perú si lo creyese conveniente, y con la comision de residenciar la conducta de Pizarro, que seguia ejerciendo allí un despotismo insolente, y distribuyendo á su arbitrio entre sus parientes y favoritos las tierras mas fértiles y mejor situadas.

Mas antes que llegase el comisionado régio, otros se habian encargado de juzgar á Pizarro de una manera menos legal, pero mas enérgica. Un oficial instruido y hábil llamado Juan de Rada, con quien se habia educado un hijo del desgraciado Almagro, jóven que revelaba la misma firmeza de carácter que su padre, hizo su casa el centro y foco de una conspiración para matar á Pizarro y sus allegados. El astuto Rada tuvo ardid para tranquilizar al gobernador sobre las sospechas que ya le habian hecho concebir de la conjuración; y tal era la confianza de Pizarro, fiado en su máxima: «el poder que tengo para cortar la cabeza á los demás, garantiza la mia,» que aunque recibió diferentes avisos, hasta del día en que se habia de ejecutar el proyecto, siempre le tuvo por imaginario, y la única precaucion que tomó aquel día fué no salir de casa, y hacer que le dijeran la misa (que era domingo) en su palacio. Por lo demás comió á la hora de costumbre con los oficiales que tenia convidados (26 de junio, 1541).

Aprovechándose el intrépido Rada de aquella imprecación, sale de casa del jóven Almagro con diez y ocho de los conjurados, y lanzándose á la calle con las espadas desnudas al grito de «¡viva el rey! ¡muera el tirano!» que era la señal convenida, acuden los demás conjurados y se precipitan todos al palacio del gobernador. Tal era el odio á la dominación de Pizarro, que al verlos las gentes pasar por la plaza, se decian unos á otros con indiferencia: «estos van á matar al marqués, ó al secretario Picado.» Pizarro, á quien acompañaban solamente Francisco Martínez de Alcántara su hermano de madre, un caballero y dos pajes (los demás habian desaparecido al ruido de los agresores que penetraban en su aposento), se arma repentinamente, y sin tiempo para ajustarse la coraza, empuña su escudo y su espada, y gritando: «valor, amigos, y á ellos que traidores son!» se lanza sobre ellos, y se empeña una lucha desigual, y mas desesperada que provechosa. Su hermano cae muerto á sus piés, y él mismo despues de parar muchos golpes, fatigado ya y rendido su brazo, recibe una estocada en el cuello, y el vencedor de tan innumerables huestes en los campos de batalla sucumbe en su aposento á manos de uno de sus oficiales.

Así pereció el célebre Francisco Pizarro, hombre singular, que con solo su valor y su natural talento, falta de toda clase de instruccion y sin haber llegado á saber escribir su nombre, que tenia que poner su secretario entre dos rasgos que para firmar trazaba él con su pluma, llegó á conquistar dilatados reinos y á gobernarlos y dirigirlos.

Los conjurados se derramaron por la ciudad con las espadas ensangrentadas anunciando la muerte del tirano, y proclamando al jóven Almagro único y legítimo gobernador del Perú. «Si entonces el viejo Almagro, dice un erudito historiador español, pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozara en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. ¡Pero cuán cortos fueran, y cuán acerbos despues á su corazón paternal! Veriale, al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener: divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar: arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey: vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar, pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.»

No nos compete á nosotros proseguir la historia de aquellas regiones, y aun hemos llegado hasta aquí por no dejar de dar noticia del fin que tuvieron los dos mayores y mas famosos conquistadores del Nuevo Mundo despues de Cristóbal Colon.

Así mientras Carlos de Austria destruía las libertades en Castilla, dos castellanos le estaban conquistando vastos imperios en el Nuevo Mundo, y mientras unos españoles le aprisionaban reyes en Europa y en África, en Pavia, y en Túnez, otros españoles encarcelaban y enjaulaban emperadores y soberanos y derrocaban tronos en las regiones trasatlánticas, y sujetaban al cetro de Carlos V dominios sin límites (1).

## CAPÍTULO XIX

### Carlos V sobre Túnez

1535

Alarma en que Barbaroja habia puesto las naciones cristianas.—Quién era Barbaroja: sus famosas piraterías: su elevacion y encumbramiento.—Cómo se hizo rey de Argel.—Hácese gran almirante de Turquía.—Conquista de Túnez.—La Europa asustada vuelve los ojos á Carlos V.—Proyecta el emperador pasar á Africa.—Grandes preparativos.—Naciones y flotas que concurren á la empresa.—Parte la grande armada de Barcelona.—Carlos y su ejército en Africa.—Célebre sitio y ataque de la Goleta.—Porfiada resistencia de los de Barbaroja.—Fuerza numérica de cristianos y moros.—Combates: hazañas.—Rasgo de nobleza del emperador.—Terrible tempestad.—Preséntase en el campamento imperial el destronado rey de Túnez, Muley Hacén.—Trabajos que pasaron los cristianos.—Ataque general de la Goleta.—La toman.—Marcha el ejército imperial sobre Túnez.—Jornada penosa.—Disposiciones de Barbaroja para la defensa.—Espera á los imperiales fuera de la ciudad.—Derrota y retirada de Barbaroja.—Huye de Túnez.—Hecho notable de los cautivos cristianos.—Entrada de Carlos V en Túnez.—Saqueo: excesos de la soldadesca.—Repone á Muley Hacén en el trono, y con qué condiciones.—Sale el emperador de Africa y pasa á Italia.—Fama y reputacion que ganó con esta expedicion Carlos V.

Volviendo ya á los sucesos que acá en el Antiguo Mundo dejamos pendientes, y en que andaban envueltos el monarca y la nacion española, el lector recordará que en el capítulo XVII quedaba el emperador Carlos V preparándose para

(1) El que desee noticias mas extensas acerca de la conquista de Méjico, que á nosotros, en conformidad al objeto y plan de nuestra obra, no nos incumbia sino apuntar, hallará cuantas pudieran apeteer en los autores y escritos siguientes: Bernal Diaz del Castillo, Hist. de la Conquista.—Lopez de Gomara, Crónica de las Indias.—Antonio de Herrera, Historia general de las Indias.—Itinerario de la isla de Yucatan, por el capellan de Juan de Grijalva, MS.—Fr. Bartolomé de las Casas, Hist. general de las Indias.—Solís, Hist. de la conquista de Méjico.—Memorial de Benito Martínez contra Hernán Cortés, MS.—*De rebus gestis Ferdinandí Cortésii*, MS.—Declaracion de Puertocarrero, MS.—Declaracion de Montejo, idem.—La Carta de Veracruz, id.—Mártir de Angleria, *De orbe novo*, y de *Insulis nuper inventis*.—Oviedo, Hist. nat. y gener. de las Indias.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.—Clavigero, Stor. del Messico.—Tezozomoc, Crón. Mejicana.—Sahagun, Hist. de Nueva España.—Robertson, Historia de América.—Moratin, Las Naves de Cortés.—Prescott, Historia de la Conquista de Méjico. Con respecto á la del Perú, pueden verse las siguientes: El P. José Acosta, Historia natural de las Indias.—Pedro Mártir de Angleria: *De rebus Oceanicis decades*.—Relatione d'un capitain spagnuolo della conquista del Perú.—Pedro de Cieza de Leon, la Crónica del Perú.—Paul Chaix, Histoire de l'Amérique Meridionale.—Frezier, Voyage aux côtes du Perú, du Chili, et du Brésil.—Garcilaso de la Vega, Historia de los Incas.—Garcilaso de la Vega, Historia de las guerras civiles de los españoles en las Indias.—Antonio de Herrera, Hist. general de las Indias Occidentales.—Washington Irving, Los compañeros de Colon.—Gonzalo de Oviedo, Hist. general de las Indias Occidentales.—William Prescott, History of the Conquest of Perú.—Ramusio, Viaje de Francisco Pizarro, etc.—Ternaux-Compans, Voyages, relations et memoires, etc.—Ulloa, Memorias filosoficas, históricas y físicas de América.—Juan Velasco, Hist. del reino de Quito.—Francisco de Xerez, Conquista del Perú y de la provincia de Cuzco.—Agustin de Zárate, Historia del Descubrimiento y conquista del Perú.—Quintana, Vidas de Españoles célebres, Francisco Pizarro.

En la Coleccion de documentos inéditos, tomos 1, 2 y 4, artículos Carlos I, Hernán Cortés, Benito Martínez, Montejo, Pámfilo de Narvaez, Velazquez (don Diego y don Antonio), y otros varios, se encuentran muy interesantes y curiosos documentos, relativos á la conquista de Nueva España y á la vida del famoso conquistador.

nuevas y mas ruidosas expediciones que las que acababa de ejecutar. Tal fué en efecto la que emprendió luego contra el famoso pirata argelino Barbaroja, que traía alarmadas y poseídas de espanto las naciones de la cristiandad. Daremos algunas noticias de los hechos que habian dado ya celebridad á este terrible corsario, y de los antecedentes que motivaron la empresa del monarca español.

Dos hermanos, Horuc y Haradin, hijos de un alfarero de la isla de Lesbos, llevados de su genio inquieto y de su afición á la vida aventurera, abandonaron el humilde y pacífico oficio de su padre, y lanzándose atrevidamente al mar, se dieron á ejercer la piratería (1515). Su actividad y su arrojo les hicieron primeramente dueños de un bergantin que lograron apresar, y á fuerza de valor y de destreza, ayudados tambien de una buena suerte, fueron haciendo tantas presas que llegaron á reunir una flota de doce galeras y varios buques menores. A poco tiempo era ya su nombre el terror de los navegantes, é infundía espanto desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Gibraltar. Acometian con frecuencia las costas de Italia y de España, y el fruto de sus rapiñas iban á venderlo á bajos precios á los puertos de Berbería, donde eran por lo mismo bien recibidos. Al paso que crecía su poder, crecía tambien su ambicion, y no careciendo de talento, elevaban ya sus pensamientos á mas altas aspiraciones que la de ser simples piratas. La ocasion no tardó en venirles á la mano. El rey de Argel reclamó su ayuda para apoderarse de un fuerte que los gobernadores españoles de Oran habian construido cerca de su capital. Los dos hermanos corsarios, dueños ya de una respetable armada, acudieron en socorro del argelino con cinco mil hombres de desembarco, que fueron recibidos en Argel como libertadores. Aprovecháronse allí del descuido y confianza de los moros, y asesinando secretamente al rey que habia invocado su auxilio, Horuc, el mayor de los dos hermanos, se hizo proclamar rey de Argel. Su política como soberano, su respeto á las costumbres del país, su liberalidad con los que se le mostraban adictos, y su rigor con los que se le manifestaban desafectos, le fueron asegurando el trono y haciendo olvidar el criminal origen de su poder.

No satisfecha con esto la ambicion de Horuc, acometió á su vecino el rey de Tremecen, le venció en batalla, y agregó á su reino aquellos dominios. Y como continuase al mismo tiempo sus depredaciones por el litoral de Italia y de España, envió Carlos V tropas al marqués de Gomares, gobernador de Oran, para que en union con el destronado rey de Tremecen hiciese la guerra al terrible Horuc. Condújose en ella el caudillo español con tal energía, que despues de haber derrotado en varios encuentros las tropas del usurpador, le obligó á encerrarse en Tremecen, y al querer este escaparse de la ciudad, fué sorprendido y atacado, y murió peleando con un esfuerzo digno de la alta reputacion de que ya por su valor gozaba.

Quedaba su segundo hermano y compañero Chairadin ó Haradin, mas conocido con el nombre de Barbaroja, por el color de su barba, no menos ambicioso, ni de menos resolucion y talento que su hermano. Dedicóse este al arreglo interior de su reino, sin renunciar por eso á las expediciones marítimas, y á extender sus conquistas por el continente de Africa. Y á fin de ponerse á cubierto de los ataques de las armas cristianas, y de las sublevaciones de los árabes y moros de mal grado á su poder sometidos, puso sus Estados bajo la proteccion del sultan de Constantinopla, Soliman II. Este á su vez, habiendo sufrido la armada turca algunas derrotas por las naves imperiales que mandaba el ilustre genovés Andrea Doria, creyó que el único que por su valor y pericia en el mar podia contrarrestar la pujanza de aquel famoso marino era Barbaroja, en cuya virtud le ofreció el cargo de almirante de la armada turca. Con esto pasó Barbaroja á Constantinopla, donde, despues de haber hecho algunas presas en el camino, entró con cuarenta velas, siendo grandemente recibido por el sultan, y agasajado por el visir y por los bajáes. Tuvo no obstante Barbaroja que luchar con cierta oposicion y vencer ciertas intrigas de corte, pero manejándose, no ya con la rudeza de un corsario, sino con la astucia de un cortesano y de un hombre político, consiguió su nombramiento de gran almirante, y que le dieran posesion de las galeras, poniéndole el mis-

mo sultan en la mano el alfanje y el pendon real, en señal del poder absoluto de que le investia en los mares y puertos á que arribase.

Uno de los grandes proyectos de Barbaroja y en que acertó á inducir al sultan, fué apoderarse del reino de Túnez, el mas floreciente de la costa de Africa en aquel tiempo. Contaba para esto con las discordias que destrozaban aquel reino, gobernado por el traidor Muley Hacen, que habia subido al trono asesinando á su padre y á sus hermanos, uno de los cuales, llamado Al-Raschid, logró salvarse refugiándose en Argel bajo el amparo de Barbaroja, que le llevó consigo á la capital del imperio otomano. Bajo el pretexto pues de colocar en el trono al fugitivo príncipe, proyectó Barbaroja conquistar el reino tunecino y agregarle al imperio de la Sublime Puerta. La idea no podia dejar de ser bien acogida por Soliman, el cual le facilitó gustoso todo lo necesario para la empresa. Al mismo tiempo el pérfido corsario hacia creer al desgraciado Al-Raschid que todo el aparato de guerra y de conquista que veia se dirigia á recobrar para él el reino de que injustamente le habia despojado su hermano. Mas cuando llegó el caso de salir la expedicion, el engañado príncipe se quedó arrestado de orden del sultan, ó mejor dicho, como sepultado, pues no se supo ya mas de él.

Partió, pues, el ya famoso Haradin Barbaroja del puerto de Constantinopla con grande armada, que algunos hacen subir á 250 velas, con buen número de genizaros y soldados turcos, y no pequeña provision de dinero, todo prestado por el sultan, y despues de haber corrido y devastado las costas de Italia, tomó rumbo á Africa y se presentó delante de Túnez, cuando menos se le esperaba. Apoderóse desde luego del fuerte de la Goleta que domina la bahía. Disgustados los tunecinos del gobierno tiránico de Muley Hacen, y creyendo que iba en la armada el príncipe Al-Raschid, levantáronse contra su rey, que tuvo que salir de la ciudad sin poder sacar sus joyas ni dinero, y abrieron las puertas á Barbaroja. Cuando vieron que los soldados turcos no aclamaban sino á Soliman, y que Al-Raschid no parecia, convencidos ya de la traicion tomaron furiosamente las armas contra los invasores que de aquella manera los habian burlado. Por de pronto pusieron en bastante aprieto á Barbaroja y los suyos, pero el antiguo corsario, que tenia ya no menos de hábil guerrero que antes habia tenido de terrible pirata, supo manejarse de manera, que envolviendo á los moros y haciendo en ellos gran matanza los obligó á pedir tregua, les persuadió de que habia ido á darles mejor rey que el que tenían, les prometió muchas mercedes, y les hizo reconocer á Soliman por su soberano y á él mismo por su virey, asegurándoles, que cuando no estuvieran contentos con Soliman, les daria á Al-Raschid (agosto, 1533).

Lo primero de que cuidó el conquistador, fué de fortificar mas la Goleta, abriendo á mayor abundamiento una gran zanja entre la fortaleza y la ciudad, por donde entraba el mar haciendo un rodeo de tres ó mas leguas, y servia de ancho y cómodo puerto de abrigo para sus naves. Con esto, y con dominar tan vasto país, resolvió marchar sobre Sicilia con la armada turca y con cuantos corsarios pudo juntar, amenazando tambien á Nápoles, y poniendo en cuidado á todas las potencias, que no podian ver sin susto la aproximacion de tan audaz y poderoso enemigo.

En su general temor todas volvian los ojos al emperador y rey de España, como el único capaz de abatir la pujanza de aquel nuevo y formidable perseguidor de la cristiandad. Y en efecto, sobre ser Carlos el mas poderoso príncipe, era tambien el mas interesado, puesto que los mas expuestos á las depredaciones del rey pirata eran sus Estados de Cerdeña, de Sicilia, de Calabria, todos los dominios de Italia, de Africa, y aun de España. Así lo comprendió el emperador, y por lo mismo se preparó á quebrantar, y aun á aniquilar si podia, el creciente poder de Barbaroja. Desde luego envió á su criado el genovés Luis de Presendes á Túnez, para que, fingiéndose un comerciante siciliano que iba á vender sus mercancías, con la facilidad que le daba su conocimiento del idioma y de las costumbres del país, como hombre que habia vivido algun tiempo en Africa, sondeara con sagacidad y cautela la situacion del rey y del reino, intrigara y sobornara si podia, é indagara

sobre todo cómo y por qué medios podria mejor ser atacado; á cuyo efecto le dió una larga instruccion (14 de noviembre, 1534), prescribiéndole la manera cómo habia de manejarse en cada caso (1). Este emisario fué tan desafortunado en su mision, que habiendo sido descubierto y denunciado á Barbaroja por un morisco español, fué inmediatamente degollado, arrastrado por las calles y quemado fuera de los muros de Túnez.

Despachó luego el emperador á Italia (6 de diciembre, 1534) á su gentilhombre Tello de Guzman con cartas para el príncipe Andrea Doria (2), para su embajador en Roma, conde de Cifuentes, y para el mismo pontífice, excitando á todos estos á que en union con los demás príncipes italianos se apercebiesen y preparasen, segun las fuerzas de cada Estado, á ayudarle en la expedicion que meditaba contra Barbaroja, poniéndose de acuerdo y bajo la direccion del gran marino Andrés Doria para el tiempo, orden y lugar en que cada cosa habia de estar aparejada, como negocio grave y que interesaba á la cristiandad entera. Con el propio objeto escribió á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, al marqués del Vasto, Antonio de Leiva y otros generales, ordenándoles aprestasen cuanta gente, navios y armas pudiesen, mientras por acá el marqués de Mondejar, capitán general del reino de Granada, recogia de orden del emperador hombres, naves y bastimentos, y los tenia listos en los puertos de Andalucía para la proyectada empresa.

Tan á su cargo y con tanto interés la habia tomado el emperador, que á principios del año 1535 se hallaron dispuestos dos mil quinientos españoles de los veteranos de Nápoles, ocho mil tudescos, otros ocho mil italianos, y hasta ocho ó diez mil españoles con una gran parte de la nobleza. El rey de Portugal quiso tambien ayudar á la expedicion con su gente y sus naves (3). Solo Francisco I de Francia, de quien ya se sospechaba ó sabia que llevando hasta un extremo abominable su rivalidad con Carlos andaba en tratos y connivencias con el

(1) Sandoval inserta esta instruccion en el libro XXI de la Historia del emperador Carlos V.

(2) Decimos indistintamente Andrés ó Andrea Doria, porque de ambas maneras se escribe en las historias el nombre bautismal del ilustre genovés, españolizándole unos, y conservando otros su originaria terminacion.

(3) En la Biblioteca del Escorial, códice de Misceláneas, ij—V—4, se halla un opúsculo con el título de: «Tratado de la memoria que S. M. envió á la Emperatriz nuestra Señora del ayuntamiento de la armada, reseña y alarde que se hizo en Barcelona, etc.» en que se da noticia de los buques aprestados para la expedicion de Túnez en los términos siguientes:

«El Marqués del Gasto (Vasto) es salido de Génova con cuarenta y cinco naos gruesas, entre las cuales vienen muy hermosas carracas: en las cuales vienen ocho mil alemanes y dos mil y quinientos españoles de los viejos que estaban en Italia... Andrea Doria trajo diez y siete galeras, y en ellas mil y ochocientos hombres de guerra, y en cada galera ciento cincuenta hombres de remos.—Don Alvaro de Bazan quince galeras, con la misma orden.

#### Las galeras de Italia.

«El papa nueve galeras.—Génova ocho galeras.—Nápoles cuatro galeras.—La Religion seis galeras.—Cecilia cuatro galeras.

«Otros señores grandes de Italia, cada uno con lo que puede: que son por todas setenta galeras. En estas viene la gente de Italia que vienen con las naos y con el marqués del Gasto (Vasto).

«El rey de Portugal envió veintitres carabelas muy ataviadas con dos mil hombres de guerra, y un galion muy hermoso.

«De Vizcaya veintitres zabras con mil y quinientos hombres de guerra, y dos galeones.

«Aquí en Barcelona y en estas costas se han tomado ochenta escorchapines para caballos y otras cosas.

«Saldrán de aquí con S. M. y sus guardas y gente de su casa, y señores y caballeros, y otros muchos aventureros: de esta tierra gran número de gente que no se puede contar al presente, y todos muy bien acompañados, que es cosa muy admirada. Y cada dia viene mas gente, portugueses y españoles.»

Mas arriba se lee: «De Málaga vienen ochenta naos, las cuales están en Salou... en las cuales vienen ocho mil hombres de paga y mil jinetes, que por lo menos no hay ninguno que no trae uno ó dos consigo, de manera que en esto serán quince mil hombres.»—Coleccion de documentos inéditos, tomo I.

